

La cámara negra.

«Había una vez, en el país de Oldenbourg, una cierta condesa de Ponikan, á quien los enanos habían dado, el día de su boda, tres panecillos de oro...»

Es Mme. de Silvis, que está contando un cuento, en la oscuridad de la cámara negra, con las ventanas herméticamente cerradas y las cortinas caídas hasta el suelo. El niño rey está estendido en su camita, y la reina á un lado como un blanco fantasma, aplicando nieve sobre aquella frente cubierta con una venda, nieve que ella renueva cada dos minutos, noche y día, hace ya una semana larga. ¿Cómo ha podido vivir sin dormir, casi sin comer, sentada á la cabecera, con sus manos estrechando las de su hijo en los intermedios de las aplicaciones de nieve, pasando de la frescura de ésta á la calentura que espía, que teme en el débil pulso del niño?

El niño rey quería que su madre estuviese allí; siempre allí. Aquella noche la gran cámara se llena para él de siniestras sombras, de apariciones terroríficas. Que ya la imposibilidad de

leer, de tocar al menor objeto, lo tienen sujeto á un entorpecimiento que inquieta mucho á su madre.

—¿Te duele algo?—le pregunta á cada momento.

—No..... es que me fastidio—responde el niño con desalentada voz;—y precisamente para evitar aquel fastidio y poblar los tristes rincones de la cámara de brillantes visiones, es por lo que madama de Silvis ha vuelto á entablar aquella fantástica relacion llena de viejos castillos alemanes, de duendes bailando al pié del torreón, donde la princesa espera al pájaro azul, hilando en su rueca de cristal.

Al escuchar estas interminables historias, la reina se llena de tristeza; le parece que con aquello se mina la obra que tanto trabajo le ha costado hacer, y que asiste á la demolición, piedra á piedra, de una columna triunfal. Es lo que ella vé en la noche, durante sus largas horas de reclusion, mucho más preocupada de ver á su hijo entregado otra vez en manos de mujeres, que de la herida, cuya verdadera gravedad aun ignora. Cuando el doctor, con la lámpara en la mano, desgarrá por un momento los velos acumulados de la sombra, y levantando el apósito, trata de reanimar con una gota de atropina, la sensibilidad del ojo atacado, la madre se tranquiliza al ver que el enfermito no lanza un grito, ni estiende sus manos para defenderse. Nadie se atreve á decirle que es, por el contrario, la muerte del órgano, lo que indican aquella insensibilidad, aquel silencio de todos los nervios. La bala, al ser rechazada, aunque hubiera perdido algo de su fuerza, tuvo aún la bastante para herir y romper la retina. El ojo derecho estaba irrevocablemente condenado. Todas las precauciones que se tomaban no tendían más que á preservar el otro, amenazado por esa correlación orgánica que hace de la vista un sólo instrumento de doble rama. ¡Ah! ¡Si la reina conociese la extensión de su desgracia, ella que cree firmemente que gracias á sus cuidados, á su ternura vigilante, el accidente no dejará traza alguna, y que ya habla á su hijo de su primera salida.